

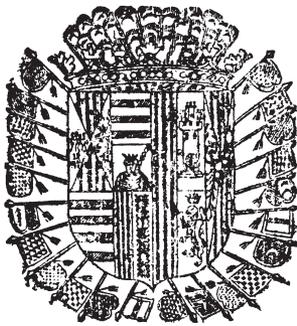
LA VEGA DEL PARNASO

POR EL FÉNIX DE ESPAÑA

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO,
DEL HÁBITO DE SAN JUAN,
PROCURADOR FISCAL DE LA CÁMARA APOSTÓLICA

DIRIGIDA

*Al excelentísimo señor don Luis Fernández de Córdoba,
Cardona y Aragón, duque de Sessa, etc.*



En Madrid, en la Imprenta del Reino, año 1637

SUMA DEL PRIVILEGIO

Tiene privilegio por diez años Luis de Usátegui para poder imprimir un libro intitulado *La Vega del Parnaso*, compuesto por frey Lope Félix de Vega Carpio. Despachado en el oficio de Diego González de Villarroel, en Madrid, a tres días del mes de noviembre de 1635 años.

FE DE ERRATAS

Este libro intitulado *La Vega del Parnaso*, compuesto por frey Lope de Vega Carpio, está bien y fielmente impreso conforme a su original. Dada en Madrid, a veintitrés días del mes de junio de 1637 años.

EL LICENCIADO MURCIA DE LA LLANA

TASA

Yo, Diego González de Villarroel, secretario de Cámara del rey nuestro señor, de los que en su Consejo residen, doy fe que habiéndose visto por los señores de él un libro intitulado *La Vega del Parnaso*, que dejó compuesto Lope de Vega Carpio, difunto, que con licencia de los dichos señores fue impreso. Tarsaron cada pliego de los del dicho libro a cuatro maravedís y medio, el cual tiene setenta y cuatro pliegos, que al dicho precio monta nueve reales y veinte y siete maravedis en papel, y a este precio mandaron se venda, y no a más, y que esta tasa se ponga al principio de cada libro de los que se imprimieren, como consta del decreto de la dicha tasa, que en mi oficio queda, a que me refiero. Y para que de ello conste, de pedi-

miento de Luis de Usátegui, yerno del dicho Lope de Vega Carpio, doy esta fe en Madrid, a dos de julio de mil y seiscientos y treinta y siete años.

DIEGO GONZÁLEZ DE VILLARROEL

APROBACIÓN

En este libro que me remitió el señor licenciado don Lorenzo de Iturrizarra, vicario general en esta Corte, y escribió frey Lope de Vega Carpio, no hallo cosa no ajustada a la verdad católica de nuestra sagrada religión, ni a las más recatadas costumbres. Intitúlase *La Vega del Parnaso*, y pudiera el Parnaso, y pudiera el «Parnaso de esta Vega», porque a su amenidad elegante se han traducido las Musas con sus instrumentos, voces, agudezas y dulzuras. Acreditando sus influencias, y afluencia en la mayor pluma de las edades, pero suspendo la mía, porque tal vez, que en semejantes aprobaciones quiso espaciarse, deudora a sus alabanzas, me las reprehendió justamente, quizá porque ningunas pueden ser iguales a sus merecimientos. Consuélome que no me puede mortificar, en que no le dé la mayor, diciendo que es de frey Lope de Vega Carpio (permítaseme este paréntesis para decir que estando escribiendo esta aprobación nos le arrebató el Cielo, con retorno repetido de pésames de toda la Corte, con ternura piadosa de los ingenios bien intencionados, con soledad desconsolada de los teatros, y con sentimiento general de todos, porque de todos era admiración, por el primero ingenio, y por el ingenio más dueño de las Musas. Su pérdida juzgo irreparable aun a vista de las plumas que más remontadas con ilustre vanagloria vuelan por nuestra España. Dios, que se ostentó tan Dios en este varón grande, le corone con guirnalda inmarcesible de la inmortalidad del árbol de la vida). Quien pide la licencia la merece. Este es mi parecer, salvo, etc.

En Madrid 26 de agosto de 1635.

EL MAESTRO JOSÉ DE VALDIVIELSO

EL LICENCIADO JOSÉ ORTIZ DE VILLENA,
A LOS AFICIONADOS DE
FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

Pedían tantas personas estos versos de Lope, que andaban en fragmentos, por haberse impreso pocos en diversos tiempos, como escritos a diversos propósitos; y siendo lo que con más estudio se conoce entre sus líricos, que me pareció (cuando era vivo) pedirle que los juntase, copiándole muchos de los que no estaban impresos, y dándole los que no tenía, por cumplir con los deseos de los aficionados a sus obras. Y porque le viniese mejor el nombre a la *Vega del Parnaso*, se añadieron las mejores comedias que ha compuesto porque, como en las vegas hay tanta variedad de plantas, árboles y flores, así pudiesen entretenerse los que la leyeren en tan diversos géneros de poesías, y no siendo menos conforme a su nombre el título del libro. Y porque no se cansen de subir al Monte, hallando más cerca las fuentes de Hipocrene y Helicon, aunque ya su dificultad (merced de la fertilidad de los tiempos) se ve tan trillada y fácil que en esta no hubiera dicho Garcilaso:

A la cumbre difícil de Helicon.

Ni Ovidio en el primero de su *Metamorfosis*:

*Mons ubi verticibus, petit arduus,
Astra duobus nomine Parnasus.*

Y Mantuano.

Quæ fugit arduæ in altis Parnasi iuga.

De suerte que la subida al Monte es difícil si se considera en el fin que es el laurel de la eternidad, y fácil al juicio de los que en esta edad engañados de términos oscuros e inauditos en vez de aumentarla y ennoblecerla infaman y destruyen nuestra lengua. Así dijo Fernando de Herrera en el *Comento a Garcilaso*:

Que nuestra lengua arribaría a la cumbre,
que la griega y latina sin nosotros,
con impiedad no la desamparásemos.

Y más adelante, alabando sus versos de Garcilaso, que son todos ilustrados de claridad, y en esta razón prosigue: que las Musas escogiesen esta lengua de Garcilaso siempre que hablaben castellano. Bien sé que es dar voces al viento, y que me dirán:

Abluis Ætiopem, quid frustra?

Porque con cuatro voces peregrinas y algunos desaforados hipérboles (gran fiesta del ignorante vulgo) se sueñan muchos haber llegado a la infinita majestad del arte. Estos versos de Lope salen a la luz de su misma claridad, cuando estaban tan cerca de perderse por la poca estimación en que él viviendo tuvo cuanto escribía, humildad que a no haber sido en su naturaleza virtud hubiera sido en su desconfianza digna de reprehensión. Y si de esto se disgustare la calumnia, o la multitud, no importa que los mismos versos del libro (que el ilustrísimo señor don Rodrigo de Acuña, meretísimo arzobispo de Lisboa), en una carta llama, «claridad conceptuosa», responderán por sí.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON LUIS FERNÁNDEZ
DE CÓRDOBA, CARDONA Y ARAGÓN,
DUQUE DE SESSA, DE BAENA Y DE SOMA,
CONDE DE CABRA, PALAMÓS Y OLI,
VIZCONDE DE IZNAJAR, SEÑOR DE LAS BARONÍAS
DE BELPUCHE, LIÑOLA Y CALONGE,
GRAN ALMIRANTE DE NÁPOLES Y CAPITÁN GENERAL
DEL MAR DE AQUEL REINO, COMENDADOR
DE BEDMAR Y ALBAÑEZ, DE LA ORDEN
Y CABALLERÍA DE SANTIAGO, ETC.

La afición que Vuestra Excelencia ha mostrado siempre a los escritos de frey Lope Félix de Vega Carpio, mi señor, y las mercedes que en su vida recibió de esas generosas manos, y honras en su muerte, que por ser tantas y tan notorias al mundo no las refiero, me obligan a que dedique a Vuestra Excelencia *La Vega del Parnaso*, en reconocimiento de las muchas obligaciones que yo y mi casa tenemos a Vuestra Excelencia para que, amparandolas con su grandeza, las lean con más gusto los afectos a su dueño.

Nuestro señor guarde a Vuestra Excelencia como deseo.

Criado de Vuestra Excelencia

LUIS DE USÁTEGUI

EL SIGLO DE ORO

ADVERTENCIA A LOS LECTORES

Parece que cuando este Cisne divino expiraba, con más melodía y sonora voz cantaba para suspender a todos con la dulce armonía de sus versos, pues el día antes que le diese la enfermedad, hizo con tanta elegancia y elocuencia esta silva moral al Siglo de Oro, y el soneto que va impreso tras ella, a la muerte de un caballero portugués, en que parece que pronosticó después de su muerte en lo que había de estimarse hombre tan eminente e insigne como fue. Advierta el lector que fueron los últimos versos que compuso este soneto.

3

EL SIGLO DE ORO

SILVA MORAL

Fábrica de la inmensa arquitectura
de este mundo inferior, que el hombre imita,
pues como punto indivisible encierra
de su circunferencia la hermosura,
5 y copiose la tierra
 de cuanto en ella habita
con tantos peregrinos ornamentos,
llenos los tres primeros elementos
de peces, fieras y aves, que vivían
10 de toda ley exentos,
si bien al hombre en paz reconocían.
Aun no pálido el oro,

porque nadie buscaba su tesoro,
y el diamante tan bruto, aunque brillante,
15 que más era peñasco que diamante;
los árboles sembrados de colores,
y los prados de flores,
buscando los arroyos sonoros
en arenosas calles;
20 por las oblicuas señas de los valles
los ríos caudalosos,
y soberbios los ríos
entre bosques sombríos,
vestidos de cristales transparentes,
25 sin volver la cabeza a ver sus fuentes,
anhelando a oceanos,
perdiendo en él sus pensamientos vanos,
y sin temor alguno
de verse el tridentífero Neptuno
30 oprimido del peso de las naves,
abriendo sendas por sus ondas graves
los hijos de los montes,
excelsos pinos y labradas hayas,
para pasar por varios horizontes
35 a las remotas playas
de climas abrasados,
frígidios o templados.
Ni el caballo animoso relinchaba
al son de la trompeta,
40 ni la cerviz sujeta
al yugo, el tardo buey el campo araba,
que sin romper la cara de la tierra,
con natural impulso producía
cuanto su pecho generoso encierra;
45 que como en la primera edad vivía
con desorden florida y balbuciente,
daba pródigamente
con fértil abundancia
al mundo su riqueza,
50 porque, como mujer, Naturaleza

es más hermosa en la primera infancia.
No haciendo distinción de tiempo alguno,
daban flores Vertuno
con diferentes frutas primitivas,
55 las parras y pacíficas olivas,
y la dodonea encina por la rubia
Ceres, que no tenía
necesidad de lluvia
y de su misma caña renacía,
60 matizando los prados de violetas,
de rosas y de cándidas mosquetas,
no de otra suerte que la alfombra pinta
el tracio con la seda de colores,
en cada rueda de labor distinta,
65 arábicos caracteres y flores:
que la Naturaleza aun no pensaba
que al arte su pincel perfeccionaba.
A la parte oriental, Euro tendía
las alas vagarosas,
70 el Austro y Mediodía,
y Bóreas fiera a las distantes Osas
por el Septentrión temor ponía;
el sol por sus dorados paralelos
comenzaba el camino de los cielos;
75 que por no diestra del calor la copia,
blanca Alemania fue, negra Etiopia,
cuya eclíptica de oro no sabía
el nombre de los signos que tenía,
ni en su campo pensó que espigas de oro
80 paciera el Aries y rumiara el Toro.
La casta luna en su argentado plaustro
no se mostraba al Austro
lluviosa, alternativas las dos puntas,
una a la tierra y otra al claro cielo,
85 sino pidiendo con las manos juntas
calor al sol para su eterno hielo;
sin temer el piloto en los confines
del vasto mar astrólogos delfines,

que, pacífico rey de su elemento,
90 se imaginaba superior al viento.
Los hombres por las selvas discurrían,
amando sólo el dueño que tenían,
sin interés, sin celos.
¡Oh dulces tiempos!, ¡oh piadosos cielos!
95 Allí no adulteraba la hermosura
el marfil de su cándida figura,
ni la fingida nieve
y el bastardo carmín daban al arte
lo que Naturateza no se atreve;
100 ni a Venus bella, en conjunción de Marte,
al cielo el sol celoso descubría,
ni en Chipre se vendía
amor artificial. ¡Oh Siglo de Oro,
de nuestra humana vida desengaño,
105 si vieras tanto engaño,
tan poca fe, tan bárbaro decoro!
Todo era amor suave, honesto y puro,
todo limpio y seguro;
tanto, que parecía
110 una misma armonía
la del cielo y el suelo,
que aspiraba a juntarse con el cielo.
En este tiempo de los altos coros
hermosa virgen con real ornato
115 bajó a la tierra, que adoró el retrato
de Júpiter divino, y por los poros
de sus fértiles venas
vertió blancos racimos de azucenas,
y las fuentes sonoras
120 provocaban las aves
a canciones suaves
en las del verde abril frescas auroras,
que del son de las aguas aprendieron
cuantos después cromáticos supieron.
125 Venía una castísima doncella,
vestida de una túnica esplendente,

sembrada de otras muchas, siendo estrella,
y una corona en la espaciosa frente,
cuya labor y auríferos espacios
130 ocupaban jacintos y topacios.
Los coturnos con lazos carmesíes
forjaban esmeraldas y rubíes,
que descubría el Céfito suave
de la fimbria talar con pompa grave:
135 un ardiente crisólito la planta
para estamparla en tierra pura y santa.
No sale de otra suerte por el cielo,
con frente de marfil y pies de hielo,
la cándida mañana,
140 guarneciendo de plata sobre grana
la capa de zafiros,
de las sombras somníferos retiros,
y volviendo de inmensas pesadumbres
reflejos a sus mismas claridades
145 de montes y ciudades,
cúpulas altas de gigantes cumbres,
a la noche tenía
en negro empeño hasta el futuro día.
Los hombres, admirados
150 de ver tanta hermosura,
preguntaron quién era,
no habiendo visto por los tres estados
del aire exhalación tan viva y pura,
ni pájaro tan raro que pudiera
155 ceñir la frente de tan rica esfera,
ni dar tales asombros,
resplandecer sus hombros
con alas de oro, plumas de diamantes,
no conocidos antes,
160 y aun presumir la admiración pudiera
que el sol bajaba de su ardiente esfera
a vivir con los hombres, como Apolo,
viéndose arriba como sol tan solo.
Entonces de sí misma esclarecida

165 la hermosa reina a su piadoso ruego,
por una rosa de rubí partida,
en el jardín angélico nacida,
«Yo soy» —les dijo— «la Verdad», y luego,
como dormida en celestial sosiego,
170 quedó la tierra en paz, que alegre tuvo
mientras con ella la Verdad estuvo,
que cuanto en ella vive
su misma luz y claridad recibe.
Pero felicidad tan soberana
175 poco duró por la soberbia humana,
porque en países de diversos nombres,
por cuanto el mar abraza
en esta universal del mundo plaza,
el número creciendo de los hombres,
180 desvanecido el suelo,
presumió desquiciar la puerta al cielo,
y habiendo ya ciudades
y fábricas de inmensos edificios,
con armas en los altos frontispicios,
185 comenzaron con bárbaras crueldades,
intereses, envidias, injusticias,
los adulterios, logros y codicias,
los robos, homicidios y desgracias;
y no contentos ya de aristocracias
190 emprendieron llegar a monarquías.
La púrpura engendró las tiranías,
nació la guerra en brazos de la muerte;
los campos dividieron fuerza o suerte,
dispuso la traición el blanco acero
195 para verter su propia sangre humana,
y fue la envidia el agresor primero,
y procedió la ingratitude villana
del mismo bien a tantos vicios madre,
infame hija de tan noble padre.
200 Bañó la ley la pluma
en pura sangre para tanta suma,
que excede su papel todas las ciencias:

tales son las humanas diferencias.
Pero, por ser los párrafos primeros,
205 y ser los hombres, como libres, fieros,
no siendo obedecidas,
quitaron las haciendas y las vidas
a sus propios hermanos y vecinos,
e hicieron las venganzas desatinos;
210 porque dormidos los jueces sabios,
castiga el ofendido sus agravios.
Robaban las doncellas generosas
para amigas, a título de esposas,
traidores a su amigo,
215 y todo se quedaba sin castigo:
que muchos que temieron,
por no perder las varas, las torcieron;
y muchos que tomaron,
pensando enderezarlas las quebraron.
220 ¡Oh favor de los reyes!
Del sol reciben rayos las estrellas,
telas de araña llaman a las leyes,
el pequeño animal se queda en ellas,
y el fuerte las quebranta.
225 ¡Ay del señor que sus vasallos deja
al Cielo remitir la justa queja!
Viendo, pues, la divina Verdad santa
la tierra en tal estado,
el rico idolatrado,
230 el pobre miserable,
a quien ni aun el morir es favorable,
mientras más voces da, menos oído;
el sabio aborrecido,
escuchado y premiado el lisonjero,
235 vencedor el dinero,
José vendido por el propio hermano,
lástima y burla del estado humano:
y entre la confusión de tanto estruendo,
Demócrito riendo,
240 Heráclito llorando,

la muerte no temida,
 y para el sueño de tan breve vida
 el hombre edificando,
 ignorando la ley de la partida,
 245 con presuroso vuelo
 subiose en hombros de sí misma al Cielo.

(*La Vega del Parnaso*, fols. 1r-4v).

4

A LA MUERTE DE UN CABALLERO PORTUGUÉS

SONETO

Lisboa por el griego edificada,
 ya de ser Fénix inmortal presuma,
 pues debe más a tu divina pluma,
 docto Gabriel, que a su famosa espada.

5 Voraz el tiempo con la diestra airada
 no hay imperio mortal que no consuma,
 pero la vida de tu heroica suma
 es alma ilustremente reservada.

10 Mas, ¡ay!, que cuando más enriqueciste
 la patria, que su artífice te llama
 por la segunda vida que le diste,
 ciprés funesto tu laurel enrama,
 si bien ganaste en lo que más perdiste,
 pues cuando mueres, tú nace tu fama.

(*La Vega del Parnaso*, fol. 4v).

5

AL SERENÍSIMO SEÑOR DON FERNANDO DE AUSTRIA,
 INFANTE DE ESPAÑA, CARDENAL DE ROMA,
 SU PROTECTOR

LA CONGREGACIÓN DE LOS SACERDOTES NATURALES
 DE MADRID DEDICA ESTA CANCIÓN

POR LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

Piedra fundamental, arco divino,
 en quien el Arquitecto de los Cielos
 impuso la terrestre monarquía;
 única piedra del anillo trino,
 5 sol que milita en orbes paralelos
 al triunfo, en que jamás vio noche el día;
 Clavero de quien fía
 el pontífice Cristo su tesoro,
 cuya llave dorada
 10 esgrimes, Querubín, en vez de espada,
 en la nueva ciudad de jaspes y oro,
 que como esposa descendió del Cielo,
 vuelve los ojos a mi humilde celo,
 voz débil, corto ingenio, pluma inculta,
 15 pues en tu gloria accidental resulta.

Tú, sacro, serenísimo Fernando,
 alto honor de la púrpura de Roma,
 de nuestra duración feliz auspicio,
 que, como joven sol, iluminando
 20 la aurora, que de ti principio toma,
 ejerces, protector, tan regio oficio,
 recibe en sacrificio,
 si nacen de las almas los mayores,
 esta, aunque humilde, ofrenda,
 25 del esperado fruto imagen, prenda,
 como el altar las primitivas flores,
 y escucha atento, de tu luz infusas,

sacerdotisas ya, las dulces musas,
que en mayor ocasión para tu gloria
30 destinan versos a inmortal memoria.

La villa que coronan tres Felipes,
sucesores del águila del Austro,
que baña en pura luz cielo sereno,
para que de sus hijos participes,
35 sagrada Roma, estrellas de su plaustro,
dos pastores te dio, que al siempre ameno
Tibre en su fértil seno
estampasen las fúlgidas abarcas,
y a nosotros la gloria
40 de un rey que obtuvo la mayor victoria;
acción que estremeció tantos monarcas;
victoria, aunque pasada, no creída;
a él gloria, al mundo fama, a España vida,
restituyendo al África el castigo:
45 desdicha, más que culpa, de Rodrigo.

Madrid, ilustre madre en paz y en guerra,
fecunda oliva, fértiles produce
ramos de honor, eternamente amena;
cuáles siguen las armas por la tierra,
50 donde el núpida bárbaro conduce
su portátil ciudad, de tiendas llena,
en cuya seca arena
yace feroz el mauritano Atlante,
o al hielo intenso armados
55 de los rebeldes belgas erizados;
cuáles las letras que el dorado amante
corona de las hojas fugitivas,
al palio de Minerva sucesivas,
y en tanta multitud tan eminentes
60 que le faltó laurel para sus frentes.

De estos al sacerdocio dedicados,
cristos de Dios, ungidos, gran linaje
de reyes, potestad tienen divina
para hacer que a los ázimos sagrados,
65 hostia incruenta a Dios, Dios de Dios baje
cubriendo aquella cándida cortina
que a todo el cielo inclina,
alma, cuerpo, deidad y sangre santa,
sin poder dividirse;
70 inmensa dignidad que preferirse
puede a los cielos por grandeza tanta,
cuanto es mayor bajarle que tenerle,
y a su Padre santísimo ofrecerle:
pues pudiera sin él el Cielo hallarse,
75 si no pudiera Dios bajar y estarse.

Estando, pues, lo más ilustre y docto
considerando el infeliz estado
de pobres sacerdotes en la Corte;
tal desvelado pretendiendo inducto,
80 tal en el pleito sin favor, cansado
de verse en tanto mar perdido el norte;
tal de tan bajo porte,
que el oficio divino deshonora;
en una nube de oro,
85 en forma de ángel del celeste coro,
la Piedad retrató la blanca aurora;
cual suele rosa que el aljófara cría,
en los primeros átomos del día
abrir el nácar del pimpollo frío
90 a los líquidos granos del rocío.

Una corta dalmática, imitando
la hermosa confusión de los colores
que pinta el sol al expirar el día,
las historias divinas trasladando
95 sobre los cuadros que bordaban flores,
el alba de jazmines descubría;

el sol se dividía
 del cabello en dos polos, y bajaba
 cada mitad lustrosa
 100 en ondas a la nieve de la hermosa
 garganta, que en aljófares bañaba,
 a cuya voz el sacerdocio atento
 enmudeció la vecindad del viento,
 y después su república sonoro
 105 dos veces en un sol cantó al aurora.

«Podrá» —dijo llorando— «el grave imperio
 del príncipe más alto y poderoso
 bajar del cielo a Dios? ¿Será imposible?
 ¿Podrá llegar a tanto ministerio
 110 el abrasado Querubín fogoso
 que tiembla la deidad inaccesible?
 ¿Será jamás posible
 al ángel de más alta jerarquía
 hacer que al Rey del cielo
 115 cándido cifre limitado velo?
 Pues, ¿cómo la mayor soberanía
 que a Dios desciende cuantas veces quiere,
 desnudo vive y miserable muere,
 o se lamenta preso, y entre tanto
 120 pierde el altar el sacrificio santo?

»¿Es bien, si el mismo Dios una vez tuvo
 para bajar del Cielo al suelo escala,
 previniendo más ángeles que pasos,
 y nunca al sacerdote se detuvo,
 125 pues el venir y la palabra iguala
 al blanco pan y a los dorados vasos,
 que tan indignos casos
 la fe sin obras en los hombres obre?
 ¡Oh grande, oh inmenso abismo!
 130 ¿Que al mismo Dios descienda de sí mismo
 la prolación de un sacerdote pobre
 en las palabras del postrero acento,

y que llegue, faltándole el sustento,
a que para pasar su triste vida,
135 con dar a Dios en pan, por Dios le pida?

»¿Que falte sepultura venerable
a Cristo muerto, y el honor debido
a las exequias que ordenó su esposa?
Caso tan lastimoso y execrable,
140 ¡oh sacerdotes!, no le cubra olvido.
Instituid con alma generosa
congregación piadosa
que al muerto entierre y que socorra el vivo,
al perdido resista,
145 al preso libre y al desnudo vista,
y con ánimo tierno y compasivo
esfuerce la virtud, destierre el ocio,
ilustrando el honor del sacerdocio:
que aun el Cristo de Dios, de Dios ungido,
150 así es tratado como está vestido.

»El impío sacerdote, que volviendo
los ojos a la sangre que vertía,
con que la verde yerba purpuraba
mísero caminante, que viniendo
155 a Jericó, desde la sacra Elía,
herido de ladrones, suspiraba,
más tímido pasaba
que si pintado tigre hubiera visto,
y al caso lamentable
160 no menos el levita inexorable.
Pues, ¿es justo que esté desnudo Cristo
y sangriento de espinas y de azotes
a los ojos de tantos sacerdotes?
Que así se ha de mirar quien llegar pudo
165 a tanta dignidad, si está desnudo.

»No será así, que el ínclito Fernando,
 del austríaco sol rayo Tercero,
 imagen de Felipe y Margarita,
 sus virtudes heroicas imitando,
 170 su excelso nombre escribirá el primero
 así con letras de diamante escrita,
 en oro solícita
 dejar de su piedad gloriosa fama,
 por quien ya los pastores
 175 del Tajo ofrecen a sus plantas flores,
 y Archimandrita universal le aclama
 el monte ilustre cuyos pies sagrados
 baña en cristal con átomos dorados,
 adonde descendió la Virgen luna,
 180 que fue del niño Sol primera cuna.

»Ya veo al ilustrísimo Zapata,
 al general inquisidor supremo,
 al cardenal de nuestra patria gloria,
 que con su nombre espléndido dilata
 185 al más sublime del honor extremo
 del vuestro al mundo la inmortal memoria,
 sagrada a eterna historia,
 y luego dignamente laureados
 maestros y doctores,
 190 dando la distinción de los colores,
 nombre a la facultad, lustre a los grados,
 creciendo con igual correspondencia
 la unión de la virtud y de la ciencia,
 que tiene sin virtud, que el oro esmalta,
 195 ingenio de gentil a quien le falta».

Dijo, y parando del clavel sonoro,
 cuando juntó la grana de las hojas,
 la dulce entre sus perlas melodía,
 hurtó a la tierra los coturnos de oro,
 200 y por las nubes cárdenas y rojas
 miró las puertas donde nace el día.

A la dulce armonía
levantó la cabeza Manzanares
en la margen amena,
205 coronada de lirios y verbena;
mas ella, que las túnicas talaes
al son compuso de las alas bellas,
los claros aires esmaltó de estrellas,
sirviendo de instrumento un coro de aves,
210 dulces, confusas y sin arte graves.

Con esto dieron la primera forma
a la materia de tan grave intento,
y quedó por escrito instituida
sacerdotal congregación, de forma
215 que sobre tan heroico fundamento
desde su infancia fue cobrando vida,
y al Patrón ofrecida,
cabeza de la Iglesia Militante,
con felices progresos
220 que pronostican prósperos sucesos,
en su nave camina, semejante
a la que desde lejos conducía
el Pan que el cielo por su mano envía;
si bien en un instante baja al suelo,
225 a palabra de fe, Trigo del Cielo.

Cargada, pues, de sacerdotes corre,
de diamantes, zafiros y espinelas
bordados los manípulos y estolas.
El viento soberano la socorre
230 con blando soplo en las hinchadas velas,
humillando los cercos de las olas.
No van las gavias solas,
que en la mayor la tramontana estrella,
madre del Sol divino,
235 el reino facilita cristalino,
porque juraron a la Reina bella
de defender que en ocasión ninguna

manchó lunar la siempre blanca Luna:
que no pudo jamás, ¡oh Virgen santa!,
240 dejar el áspid de temer tu planta.

En el bauprés Lorenzo victorioso
del elemento más voraz y activo,
resiste al agua con su mismo fuego;
crece la tempestad del proceloso
245 mar de la emulación, mas siempre vivo
el farol de la fe vive en sosiego.
El laberinto ciego
de las ondas deshacen blandamente
los céfiros del aura,
250 que la piedad sacerdotal restaura
para que pueda con el corvo diente
morder el puerto de la margen santa,
cuando mayores círculos levanta
el mar de aquella fiera, siempre incierto,
255 por quien triunfó José, si Abel fue muerto.

¡Oh tú, divina Ester!, a quien la mano
dio el Rey primero que cayeses; mira,
pues tu pura limpieza defendemos,
con dulces ojos, con semblante humano,
260 nuestra congregación, y aliento inspira
en los que ya tu protección tenemos;
y tú, por quien los remos
de la Romana Barca Militante,
¡oh Pescador divino!,
265 abren seguro y próspero camino
por montes de cristal al navegante;
mira tus hijos, y pues preso fuiste,
imita al ángel que en la cárcel viste;
si bien a tu inocencia fue debido
270 que tomases apenas el vestido.

Y a mí que, no por méritos, por suerte,
indigno me tocó, que no Matías,
ser hoy los pies de sacerdotes tantos,
infúndeme valor para que acierte
275 desde aquellas ilustres jerarquías
que visten albas y purpúreos mantos;
los pensamientos santos
de tan piadosa caridad aumenta,
para que den ejemplo
280 los sacerdotes de tu santo templo,
sin que pueda la vista más atenta
hallar en ellos más que un santo celo
de honrar su nombre y caminar al Cielo;
que no requiere, o es tenerle en vano,
285 divino oficio pensamiento humano.

Canción, si por la causa merecieres
tocar del serenísimo Fernando
la fimbria de la púrpura sagrada,
no esperes más laurel ni verte esperes,
290 (la majestad de tanto sol mirando)
en solio más excelso colocada,
aunque vieses dorada
en la octava cortina de los cielos,
tu siempre humilde lira,
295 adonde su argentada imagen mira
de Leda el cisne entre zafiros velos,
cuanto es lugar más claro y luz más bella
el pie del sol que la mayor estrella.

(La Vega del Parnaso, fols. 45r–48v).

6

A LA VENIDA DE ITALIA A ESPAÑA
 DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR
 DUQUE DE OSUNA

Humilla, ¡oh mar Tirreno!, las vencidas
 ondas que reverberan en las nubes
 y espuma celestial se desvanecen;
 paren el curso del tridente heridas
 5 con que a la oblicua superficie subes,
 ceñido de corales, que enrojecen
 el aire en que aparecen;
 olvida el centro en cuyo débil suelo
 vives ciudad de arena,
 10 y el campo azul serena
 cual prende arroyo por diciembre el hielo,
 que pasa por tus aguas la Fortuna
 diciendo a tierra y cielo
 que amanece en España el sol de Osuna,
 15 cual suele en las tinieblas que destierra,
 dar luz, cubrir el mar, vestir la tierra.

Ya sale de las aguas levantando
 de aquel verde laurel que mira España,
 flamígeros al alba resplandores,
 20 los aires que le cercan ilustrando;
 al mismo sol que sale a verle baña
 en rayos de más nítidos fulgores;
 levantan ya las flores
 almas que desmayó la noche helada;
 25 nadan libres las aves,
 los céfiros süaves,
 y risueña la plata desatada
 corre sonora en cristalinas fuentes,
 la margen esmaltada,
 30 mostrando en guijas de marfil los dientes;
 fúlgido así, de blandas linfas parte,
 sol Pedro, Apolo duque, español Marte.

No salga a nuestra luz la envidia, arpía,
injusto ejemplo de la diosa Juno,
35 y provoque lasciva su deseo
al viento rey en cuya cárcel fría
intrépido bramó coro importuno,
Noto meridional, Euro rifeo,
como en el campo hibleo,
40 siempre Favonio solo, en vez de flores,
los salados cristales
de perlas y corales,
y en las sutiles nubes los colores
del arco, reflexión del claro Apolo,
45 formen sus resplandores
del agua el de Trajano al mundo solo,
y así le harán con amoroso celo
puente el mar, vela el aire y arco el cielo.

Tú, claro honor de España, que la espada
50 entre las flores de tus verdes años
con estrella marcial sacaste en Flandes,
pues de enemiga púrpura bañada
fue materia de espanto a los extraños,
como a tu patria de esperanzas grandes,
55 porque Neptuno mandes
lo que Marte católico en la guerra,
dilata al mar tus glorias,
tus armas, tus victorias,
para que salga la española tierra
60 anticipando el puerto, que tus plantas,
donde sus ondas cierra,
bese por triunfos y grandezas tantas:
que te aman sin la envidia de una suerte,
fiel Flandes, docta Italia, España fuerte.

65 Tú solo, claro príncipe de Osuna,
de las armas de España en pie tuviste
la ofendida opinión, y a los gigantes,
contrarios a su próspera fortuna,

Júpiter español, castigo diste,
 70 y en sus aguas gimieron arrogantes.
 Tus rayos fulminantes
 eclipsaban calumnias y mentiras
 del poderoso aleve,
 porque a la humilde plebe,
 75 con el valor que la justicia miras,
 aseguraste el reino de quien eras,
 contra sus fieras iras,
 padre piadoso a quien la sangre dieras:
 que el vasallo poder sufrir no sabe
 80 juez justo, virrey limpio, señor grave.

¿Qué mucho que la envidia, que te ha visto
 el agua hasta los pechos en un dique,
 con plaza de soldado se deshaga,
 y siendo tú de la humildad bienquisto,
 85 sus venenosas áspides publique,
 y de morder tu pie se satisfaga?
 Corriendo por la vaga
 región del aire la verdad camina
 a España con tus hechos,
 90 que a los reales pechos
 sola su luz con alto genio inclina,
 y dirá que tú fuiste a quien más debe
 por tu heroica y divina
 virtud la patria, y por elogio breve
 95 dará en diamante a tu inmortal memoria
 gran fama, verde lauro, eterna gloria.

Dirá que solo tú, solas tus naves
 en nombre de Felipe, no por liga,
 la indómita cerviz doblaron tanto
 100 del fiero horror del Asia, que las llaves
 de Pedro no temió, blasón que obliga
 toda la popa del Piloto santo.
 Teatro fue Lepanto
 de otra insigne victoria, que acompaña

105 Venecia, España y Roma,
 pero quien postra y doma
 mayor rey que Selim al pie de España,
 y el vivo Atlante de su opuesto polo
 con más alta montaña,
 110 tú solo fuiste, ¡oh gran Girón!, tú solo,
 que diste a Italia, sin temer sus daños,
 paz dulce, libre mar, felices años.

No es en tu sangre esta alabanza nueva,
 si España agradecida sus anales
 115 revuelve a ver tus ínclitos blasones,
 con tan heroica y siempre ilustre prueba
 de sus pechos valientes y leales,
 que son los que le faltan tus jirones.
 ¿Qué bárbaras naciones
 120 no temen tu valor, Flaminio hispano?
 Del Caspio al Ponto Euxino,
 y del Tártaro al Chino,
 que desde que los rayos de tu mano
 dieron reputación tan alta a España
 125 en todo el Oceano
 cuanto corona el sol, cuanto el mar baña,
 te aplaude a su pesar de envidias viles,
 gran César, nuevo Ciro, invicto Aquiles.

Yo, siempre a tus grandezas obligado,
 130 a cuyos beneficios almas debo,
 ínclito vencedor de mi fortuna,
 si puede a tu valor ingenio osado,
 pluma atrevida, inspiración de Febo,
 eternidad comprometer alguna
 135 mientras mirare Osuna
 tu casa en el espejo de Corbones,
 haré que a eterna llegue,
 aunque la luz me ciegue
 con que me alumbras y temor me pones:
 140 que amor me enseñará, pues fuerza tiene

en obras y en razones,
 y entonces las deidades de Hipocrene
 a tus hechos darán, que el mundo aclama,
 voz viva, inmortal nombre, eterna fama.

145 Canción, espera a tu señor, contenta
 de que corrida y bárbara te mira
 la envidia y la mentira
 y a los pies del gran Duque te presenta,
 diciéndole postrada
 150 que reciba del alma acreditada
 en esta breve suma
 gran fe, lealtad igual, humilde pluma.

(*La Vega del Parnaso*, fols. 65r–66v).

7

A DON AGUSTÍN COLLADO DEL HIERRO,
 EN SU LIBRO DE *LAS GRANDEZAS DE GRANADA*

Collado, el más ilustre del Parnaso,
 en cuyo verde inaccesible extremo,
 por altitud científica supremo,
 fundó su fuente Apolo,
 5 que no la indigna planta del Pegaso;
 laurel al docto Herrera, al dulce Laso,
 que tu Collado reconocen solo,
 Pindo de nuestro polo,
 donde jamás con arrogancia vana
 10 llegó la multitud vulgar profana,
 por ser su cumbre olímpica eminente
 a la región de Juno vagarosa;
 ciña tu heroica frente,
 siempre digna de honor, siempre estudiosa,
 15 Dafne inmortal, y sea
 tu copia la abundancia de Amaltea,
 porque formando, hermosas y difusas,

délfica ambrosia en tu Genil las Musas,
néctar las Gracias en tu Dauro hibleo,
20 del arte y natural rico Himeneo,
nazcan con nuevas luces y colores
en ti conceptos y en sus campos flores.
Aquella fertilísima Granada
que hasta el dichoso tiempo de Fernando
25 y de Isabel Católica tenía
la frente de turbantes matizada,
los ramos por las sierras dilatando,
que al imperio del África rendía;
las claras aguas del bautismo bebe,
30 y en tanta gloria de su madre España,
águila celestial en ellas baña
la corona de nácar y de nieve:
tan nuevo aplauso a tus estudios debe.
Y de ver su retrato en esta suma
35 al claro espejo de tu docta pluma,
tan nueva Fénix vive,
que sus sierras y monte le recibe
por el mejor Collado,
y el claro Dauro el nombre de dorado
40 por su Cancillería
saca la ejecutoria
cuya inmortal memoria
el castellano Tajo defendía,
emulación a sus arenas de oro;
45 y ya Genil y su nevado coro
no sólo engendran jaspes donde yacen,
pero esmeraldas en sus aguas nacen;
que como el Albaicín en carmesíes
granos, no envidia, de Ceilán rubíes,
50 así Genil al Indo la guirnalda
que corona su margen de esmeralda,
para que no le falten
las que el coturno de su nieve esmalten.
Vive felice, pues, Collado ilustre:
55 que agradecida esta ciudad famosa,

sus ingenios, nobleza y hermosura
de tanto eterno lustre
da la siempre estudiosa
de tus versos cultura,
60 vida inmortal que dura
en alma de caracteres diamante:
tal juzgo de tu pluma el limpio, aserso,
hermoso y culto verso
al espejo de Febo rutilante.
65 De tu Collado y fuente de Helicona
alcázar de su extremo harán corona
a todo ingenio cándido, elegante,
que escriba en verso docto y numeroso,
en tanto que su rayo luminoso
70 del ocaso al oriente
tantos desdenes cuente
como esmeraldas en su amado lauro,
y calce de cristal su planta el Dauro
a la Granada que hoy eterna hiciste;
75 pues a la regia púrpura que viste,
tu pluma a darle viene
tantos diamantes como granos tiene:
que sólo fuera hallada
en tan fértil Collado tal Granada.

(La Vega del Parnaso, fols. 103v–104v).

8

ORACIÓN QUE FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO
HIZO EN EL CERTAMEN EN LOS RECOLETOS
AGUSTINOS CUANDO MUDARON EL SANTÍSIMO
SACRAMENTO A LA CAPILLA MAYOR, NUEVA

Con cuán justa razón decir pudiera,
que no sé hablar en la ocasión presente
con lengua balbuciente
(doctísimo senado y generoso)
5 imitando al Profeta,
o pedir aquel fuego que mis labios
con brasas del altar purificara
por seráfica mano,
ya viendo mi ignorancia,
10 ya viendo vuestra ciencia
puntos sin proporción por tal distancia;
mas cuando fuera tal mi suficiencia,
que en el primero punto
origen de mis años
15 cercaran susurrando
solícitas abejas
mis labios, en pronóstico
de la dulce elocuencia
del gran Platón divino,
20 no osara hablar en casa de Agustino,
adonde solamente
pudiera con dorada lengua y pluma
el Fénix de Antioquia,
el divino Jerónimo,
25 Cirilo Alejandrino,
o aquel doctor Angélico de Aquino,
mas siendo fuerza dar principio a este acto
y obedecer a quien mandarme puede,
imitando el consejo de Bernardo
30 que prepare la voz del obediente,
a la más breve suma
reduciré la lengua con la pluma,

que no quiero cansaros por mil causas.
Y porque ya los días
35 intenta hacer más breves,
tramontando la espiga
de la siniestra mano
la hija de Titán y de la Aurora,
casi al principio que la hermosa Flora,
40 con la mayor Estrella
de veinte y seis que tiene
rejuvenece los caducos prados
de la lluvia engañados,
a quien ya lisonjera,
45 fingida anticipó la primavera.
«Yo traeré», —dijo Dios por Isaías,
«mi pueblo al Monte Santo,
y darele alegría en la alta Casa
de mi oración donde agradables sean
50 sobre mi altar sus víctimas»,
palabras que este día (¡oh Santo Templo!)
o, vienen tan al justo,
que parece que Dios por vos las dijo,
pues como Monte os han fundado
55 donde a hacer oración vendrá su pueblo,
y a ofrecer sacrificio
dándoles alegría,
que bien se cumple en la que todos tienen
de ver que, donde nunca fue esperado,
60 se vuelva templo un monte, y cielo un prado,
Dios aumentó la casa
de Obededón geteo,
porque en ella tenía el Arca Santa
con abundancia de ganado y trigo;
65 excedieron las uvas los lagares,
que apenas de las plantas oprimidos
vertían dulce mosto,
el limpio trigo a la mitad de agosto;
las trojes ocupaba
70 y el ganado las cumbres igualaba,

nevando verdes montes
donde en nubes de lana
nacía el claro sol por la mañana,
y luego por la tarde se ponía;
75 todo en efecto a Obededón servía.
Tal vemos, Templo Santo, que habéis sido
después que otro maná Pan de los Cielos,
vino a la casa de Agustín divino,
pues luego esta devota insigne Villa
80 allanó las cavernas
de estos desconcertados secos valles,
haciendo paso en dos famosas calles,
las huertas se volvieron edificios
con mil hermosas fuentes,
85 cuadros de varias flores,
cipreses altos, enramadas parras,
cuyas hojas aspiran pizarras,
de suntuosas torres,
todos preciados ya de ser vecinos
90 de aquellos hijos de Agustín divinos,
que le han seguido con los pies descalzos,
tomando de Moisés el santo ejemplo,
viendo entre zarzas su divino Templo;
todo se puebla ya, todo se allega
95 adonde está la dicha,
adonde el Arca Santa
fertiliza los campos,
que como pan de trigo fertilísimo
conociendo de lejos
100 las colmenas de miel felices bienes,
para que sea ésta sagrada fábrica
la alta ciudad gloriosa,
que vio Juan en el hábito de Esposa,
porque, como a las bodas
105 del divino Cordero,
que ha venido galán a desposarse,
parece que este Templo,
cándido le esperaba,

y que vienen con él los dos padrinos
110 Augustino africano,
cuyo divino ingenio es milagroso,
pues nacido en Numidia
donde todos los hombres son tan rudos;
el suyo fue de un ángel,
115 Mónica soberana madre suya,
con Perpetua, su hermana,
y luego los parientes más cercanos
el santo Alipio, que con pies descalzos
fue el primero que entró la estrecha puerta
120 de esta vida eremítica,
Patricia y tantas vírgenes,
innumerables mártires,
Aribago, Clemente, Federico,
Galo, Martín, Colmano,
125 Honorato, Guillermo y Columbano,
Ebodio, Eutropio, Angelo,
Otomaro y Guarino,
Nanto, Hilario, Paulino,
Fulgencio con Germano,
130 Verónica, Posidio y Adriano,
y el santo que era Sol, y como noche
con estrellas bordaba el negro manto,
por quien trocare el día
su color y alegría,
135 que donde resplandece
el sol de Nicolás, Dios amanece;
mas, ¿cómo (¡oh sacra religión!) emprendo
referir vuestros santos?,
porque si de un reloj de arena mínima,
140 fingiéndole perpetuo,
en aquel arroyuelo que destila,
contar quisiera atento
los invisibles granos,
aun fueran pensamientos menos vanos,
145 que el querer referir los hijos vuestros,
que ceñidos de espléndidas diademas

cantan epifonemas
al gran Jehová divino,
pues que, si tantas órdenes
150 que siguen los preceptos de Augustino,
aunque todas aquí las imagino
con hábitos diversos
en el círculo negro de una cinta,
acompañando estas felices bodas,
155 y él dando luz a todas
por la eclíptica santa
como suele dorar el sol los signos,
pues en sus epiciclos soberanos,
que no en terrestres nichos
160 mansiones del Empirio
reciben otros rayos,
donde sienten desmayos
de amor de fuego serafines puros,
que en gloria bañan los celestes muros.
165 Soberano Pastor, luz de la Iglesia,
vos escribís de vos que, cuando Eulogio,
vuestro amado discípulo,
enseñaba retórica en Cartago
le aparecisteis una noche en sueños
170 y de Tulio un lugar le declarasteis,
¡quién de vos mereciera tanta dicha!,
no ya para lugar ciceroniano,
para Augustino, si como lo es este,
que aunque parece material, encierra
175 tan soberanos énfasis y enigmas
que exceden a los círculos platónicos,
no en artificios dóricos ni jónicos,
de arquitectura griega,
ni moderna romana,
180 sino en mayor grandeza que la humana,
siendo lugar que ya se santifica
al culto del Dios grande,
y a su eterna alabanza se dedica,
donde imitando la divina Iglesia

185 (para siempre Triunfante)
tenga la que hoy consagra Militante.
Este santo convento,
cortesanos también, que a todas horas
canten sus alabanzas
190 con voces tan sonoras,
que ayuden los espíritus angélicos,
para que mientras en aqueste Prado
pasaren vanidades,
que por la tarde enojen a los Cielos,
195 canten a media noche
disculpas estos Padres
a la deidad divina,
Una en esencia, y en personas Trina.
«No te acuerdes» —diciendo—
200 «en el arpa templada
del Pastor de Belén, la ignorancia
de nuestra juventud, y este convento
llamaremos Penélope divina,
pues la tela viciosa, que la humana
295 tejere por el Prado todo el día
desharán por la noche
músicas de oración y disciplina
en la ira de Dios, lira divina».
Después de veros, Templo Santo, estuve
210 dudando el nombre que pudiese darle
a la dedicación de aqueste día,
pero podré llamarla Epifanía,
pues fue definición de vuestro Padre,
porque si a cuatro fiestas de la iglesia
215 dan este alegre nombre,
como es en la venida de los Reyes
a quien tan nueva estrella conducía
al niño Dios en brazos de María,
al bautismo de Cristo
220 en el Jordán, entonces claro espejo
del Padre y del Espíritu divino,
que el uno se miraba

en el Hijo, que tanto le agradaba,
y el otro en la persona
225 de quien como amor puro procedía,
con el eterno Padre,
que quiso, pudo y supo
comunicarle, dando
la plenitud de su grandeza eterna,
230 y si llaman también Epifanía
la conversión del agua
en excelente vino,
que la falta suplió de Architriclino,
y el gran milagro de los cinco panes,
235 que juzgaba Filipe ser tan pocos;
por las mismas razones, Templo Santo,
este nombre os conviene;
las mismas causas vuestra fiesta tiene.
No parece que os han edificado,
240 y parece que sois aparecido,
pues sin dar pesadumbre ni molestias,
por manos de los mismos religiosos,
que es decir poco menos de los ángeles,
pues poco menos fue criado el hombre,
245 digno de la excelencia de este nombre,
aparecéis a ser farol del Prado,
con rayos más suaves
para que no se pierdan tantas naves.
No hay un ladrillo en vos, no hay una piedra
250 que un corazón no sea
de un Padre de esta Casa,
con tal ansia y amor se ha puesto en ella
que, como en otros templos las insignias
se ponen de los santos,
255 parrillas a Laurencio, a Andrés el aspa,
a Pedro tiara y llaves,
a Diego la venera,
a Esteban piedras, a Francisco llagas,
y el león a Jerónimo;
260 el corazón, que es armas de Augustino,

no solo puede coronar las puertas,
pero estarán los de sus hijos todos
en cada piedra vuestra
de su amor filial ardiente muestra,
265 pues para conducir Reyes, ¿quién duda
que como nueva estrella
conduciréis al gran Felipe Augusto,
al Príncipe de España,
y al infante Fernando,
270 austriado honor de la romana púrpura,
Sol que nace a la iglesia de Toledo,
a visitar a Dios sacramentado,
más encubierto que en humildes fajas,
a quien viriles, y en Belén en pajas,
275 pues al bautismo santo
por la parte que al vuestro debe tanto?
La Iglesia defensor de sus verdades,
Agustín soberano,
nombre de epifanía le conviene,
280 y por las bodas de cordero esposo,
y el milagro también de Architriclino,
pues en su sangre transustancia el vino,
y por los cinco panes
mayor milagro en solo un Pan tenemos,
285 pues que no cinco mil, mas todo el suelo,
y hasta los mismos ángeles del cielo
comen sobrando todo
por inefable modo,
luego esta fiesta en que este Templo Santo
290 se aparece este día,
se llamara augustina epifanía,
y por el mes también de Augusto César,
a quien fue dedicado,
pues en agosto la consagra el Prado,
295 o pudiera llamarse
esta solemne fiesta
encenia, pues parece
a la que Juan escribe,

si bien por el diciembre, diferente,
300 por ser en el suceso semejante,
pues renovando el templo,
que profanó con ídolos Antioco,
limpio le dedicó con tanta fiesta
el capitán valiente macabeo
305 al Dios de las batallas,
así vos, templo renovado ahora,
del viejo Prado Antioco,
ya profanado de amorosos ídolos,
dedican de Augustino
310 los soldados valientes,
que descalzos militan
en su divino Templo,
y como entonces fue purificado
lo que de ahora el Prado
315 de sus locos y vanos sacrificios,
dragón vuelto en ceniza
del Jonatás Dios hombre,
y desterrada para siempre Venus,
quemándole las flechas
320 al cupidillo humano,
aquel amor divino
que dio su cuerpo en Pan, su Sangre en Vino,
quede después, con este o aquel nombre,
por célebre esta fiesta,
325 y pues que por agosto,
cristífera llegó la primavera
del más puro cordero conducida,
reciba todo nueva gracia y vida,
que si el de Colcos en el cielo imagen
330 pasó por el estrecho que divide
al Asia de la Europa,
el mar de su pasión este Cordero,
aquel fingido y éste verdadero;
en fin al Prado vino
335 triunfante Cristo eterno
como en el Cielo asiste

a la diestra del Padre,
que por generación le comunica
esencia en sí existente,
340 no aguarde al marzo, ni a que el sol caliente,
el animal que dio con la codicia
del oro de sulana
principio a que la mar fuese oprimida
de voladores montes,
345 preñados de hombres y armas,
que paren en remotos horizontes,
sino en los fines de la bella Astrea
su primavera sea,
vístanse de hojas, álamos y sauces,
350 sus huertas y jardines de violetas,
y cándidos narcisos
como primeras flores
en que pone los pies abril florido,
canten dulces amores
355 al Dios de amor las aves,
trinando acentos entre pausas graves,
y olvidando su pena
enamore los aires Filomena.
Acuerdese que vio triunfo tan alto,
360 que nunca le esperó, porque se ha visto
entrar reyes y reinas,
la bella Margarita,
santísima señora
cuyas virtudes grandes
365 cantan los cielos y la tierra llora;
la princesa de España,
la divina Isabela,
que de lo que nos cuesta nos consuela
por nuestra felicísima doña Ana,
370 ya Flor de Lis y entonces flor hispana,
por lo menos no ha visto
entrar por arcos de ángeles a Cristo,
supremo Rey de reyes,
y llevando delante

375 las armas de su Iglesia Militante,
y en imágenes santas
su madre, a quien ofrecen bendiciones
cuantas varias naciones
los trópicos encierran,
380 cuantas la línea equinoccial divide,
y desde el Glacial al mar Antártico,
mientras al claro sol siguieren días,
y las estrellas a la oscura noche,
y las de Nicolás de Tolentino,
385 como sol de la iglesia de Augustino,
y honrando de él honrados
de este laurel el triunfo
el noble Regimiento
de aquesta insigne Villa,
390 y a ella el Presidente de Castilla,
ilustrísimo príncipe, y Fernando,
gloria y honor del nombre de Acevedo
a quien mis Musas deben
eternas alabanzas;
395 mas porque ya las justas esperanzas
de tanto insigne ingenio en la poesía
se cansarán por dicha de la mía,
por aguardar el premio de la suya,
sirva de breve epílogo
400 introduciendo el santo Patriarca
de tantas religiones Augustino,
en forma de aquel rey, que dedicando
el más excelso Templo,
figura de la Iglesia,
405 que deja atrás la maravilla Efesia,
ni vio la gran Cartago,
Getulia ni Apolonia,
de Juno, Apolo y Júpiter,
diciendo, «señor mío,
410 escucha mi oración, pues himnos oyes,
para que estén tus ojos
abiertos siempre sobre aqueste Templo,

desde que salga el día
hasta que ausente el sol, la oscura noche
415 a su prisión le lleve,
pues fue palabra tuya
que en él escucharías
las oraciones de su siervo humilde».
Esto dijo en el Templo
420 Salomón y Augustino
repite a Dios los mismos himnos santos,
para que de este nuevo
jamás quite los ojos,
y escuche de Madrid las oraciones,
425 pues, aunque dijo ya por Isaías,
que es el Cielo su solio, y que es la tierra
alfombra de sus plantas,
aquí también habita;
este será su Cielo,
430 de quien comenzaré las alabanzas
para que supla la rudeza mía,
pues que tales ingenios las escriben
y las juzgan también tales jueces,
que si alabarlos mi instituto fuera
435 el día me faltara,
y la segunda Aurora
reprehender pudiera mi locura,
porque, ¿cuáles elogios
bastarán a decir tantas virtudes,
440 noblezas, letras, partes
que no tienen igual; y así comienza
la Justa con su nombre;
y con licencia suya
si Apolo celestial, no el que es mentira,
445 desde la esfera de cristal me inspira,
adonde está cifrado
para nuevo Pastor de nuestro Prado.

(*La Vega del Parnaso*, fols. 131r–136v).

9

CANCIÓN AL BEATO FRANCISCO DE BORJA,
 QUE FUE DUQUE DE GANDÍA Y DEJÓ TRES CAPELOS
 CON QUE LE PINTAN A LOS PIES

Viendo, Francisco, la mayor Señora,
 la mayor majestad y gallardía,
 la mayor hermosura en mortal velo,
 y el Sol de España en su primera Aurora,
 5 como las sombras en que muere el día,
 a los ojos horror, al alma hielo,
 el rostro breve cielo,
 y el cándido jazmín teñido en rosa,
 imagen del engaño,
 10 el alma trasladando temerosa
 del sueño de la vida al desengaño,
 de la humildad al más profundo abismo,
 llegó por los desprecios de sí mismo.

Dejó del timbre la corona de oro,
 15 generoso blasón de sus mayores,
 que ya lo fue de la romana gloria,
 porque el desprecio es el mayor decoro,
 y de más soberanos resplandores
 en quien aspira a la mayor victoria.
 20 No pudo en su memoria
 la púrpura tres veces repetida
 mover afecto humano;
 la pompa teme, la grandeza olvida
 a su pura humildad opuesta en vano,
 25 que fuera dar a las virtudes celos
 dejar coronas y estimar capelos.

Mirando entonces la ambición humana
 la diferencia del divino estado,
 que tanto la soberbia dificulta,
 30 quiso probar si revestida en grana
 desconcierta en hábito sagrado

la autoridad y la grandeza oculta;
pero como resulta
celeste luz de la humildad, advierte
35 el áspid en las flores
que, como desengaños de la muerte,
nacieron de faltarle los colores
a la imagen real desfigurada,
la púrpura temió con ser sagrada.

40 Al nombre santo a quien humilde inclina
el Serafín más puro sus trofeos,
los Césares y Reyes sus diademas,
cuanto circunda el sol y el mar termina,
hasta en su abismo los luceros feos
45 de la frente los áspides blasfemas,
y a quien epifonemas,
himnos y salmos cantan nueve coros,
postró los coroneles,
los títulos de Grandes, los tesoros,
50 y haciendo de una caña mil laureles
con que afrentó cuanto es honor del suelo,
fue de los Grandes que corona el Cielo.

Si dos Franciscos Fénix, arquetipos
de humildad, pueblan de tus hijos santos
55 las sillas que perdieron las estrellas,
con otros dos, reinando tres Filipos,
Javier y Borja harán que, de otros tantos
España ocupe lo que falta de ellas,
y entre sus luces bellas
60 tendrá Borja a los pies las tres señales
de su desprecio ilustre,
porque desnudo de ambiciones tales
no la cabeza, el pie púrpura ilustre,
que más grandeza arguye humildemente,
65 desprecio el pie que círculo en la frente.

A ti, divino Padre, a ti dedica
 mi amor esta canción, término breve;
 no te da lo que debe,
 si bien lo que te debe significa;
 70 no pide honor ni precio,
 que escribe a tu desprecio,
 que fuera de propósito escribiera
 quien hablara de ti, si le pidiera.

(*La Vega del Parnaso*, fol. 145r-v).

10

A DON FRANCISCO DE LA CUEVA Y SILVA,
 HABIENDO HECHO UNA INFORMACIÓN
 EN DERECHO A LA LIMPIA CONCEPCIÓN
 DE LA VIRGEN NUESTRA SEÑORA

Cuando de siempre hidalga se pretende
 probar la ejecutoria de María,
 a quien más los parece se debía
 la causa que los ángeles suspende.

5 Cual serafín estático os enciende
 la Aurora de Dios Sol, el dulce día,
 que os hace de su número, si os fía
 la información que vuestro celo emprende.

10 Cuando informasteis la sentencia disteis,
 ya no defiendan sino sólo alaben
 los que a la Virgen siempre libre adoran;

porque, después que vos la defendisteis,
 no les quedó defensa a los que saben,
 ni ocasión de dudar a los que ignoran.

(*La Vega del Parnaso*, fol. 146r).

11
A SAN PEDRO NOLASCO

Si mi barquilla pobre, tan segura
de dar en sirte o bárbaro peñasco,
navegar el Oceano pudiera
de tu grandeza, serafín Nolasco,
5 como la tuya, que rompió
la dura cerviz del mar, ¡qué dulcemente fuera
de tus sagrados pies a la ribera!
Pero, por ser el mar de tu alabanza,
aunque con rudo ingenio y temeroso,
10 esforzaré animoso
mi voz cuanto mi corto aliento alcanza,
merced de tu glorioso
favor, si, ya que mi temor deshaces,
como inventor de la Merced las haces.

15 Con piadosa crueldad el africano,
francés divino, entre las tablas solas,
que presumieron túmulo a tu muerte,
a la vista de Argel te dio a las olas,
y a la vista de Dios mar Oceano,
20 que supo conducirte y defenderte;
que aquella mano poderosa y fuerte
que con arena débil le detuvo,
y en crespos muros de cristal salado
del rubio mar airado
25 las turbulentas aguas entretuvo,
para tu pie sagrado
allanó las de Argel, ¡oh patriarca!,
que le importaba a Dios salvar tu barca.

30 Iban en ella cuantos santos tiene
tu religión, y cuantas almas viste
de gloria tu rescate, que en su idea
estaban todos cuando solo fuiste;
mira si con razón el mar detiene,

35 para que el mundo tus milagros vea,
que como hacerte Redentor desea,
excelencia de que él se precia tanto
por su sangre santísima vertida,
aquella esclarecida
imitación para tu pecho santo
40 te reservó la vida,
quedando en ti, cuanto es posible, visto,
segundo redentor, segundo Cristo.

Tú por entena el báculo pusiste,
y por segura vela el blanco manto
45 del norte que fue luz de tu derrota,
luego en aura suave bajó el Santo
Espíritu divino, que tuviste
en popa siempre, sin torcer la escota;
ni el agua se atrevió, con estar rota
50 la barca, a entrar por ella, que las manos,
en vez de ninfas, por la abierta quilla
iban hasta la orilla
poniendo serafines soberanos,
pero, ¿qué maravilla
55 cuando fue barca Pedro, al mar entrega,
que remen ellos donde Dios navega?

Aquel de los pontífices supremos,
Pedro el mayor, a nuestro Pedro santo
mostró en el mar la misma confianza,
60 que por llegar a quien amaba tanto,
hizo la barca Amor, la fe los remos,
y entre la espuma intrépido se lanza.
Así conduce a Pedro la esperanza,
porque en la inundación fiera africana
65 a ser piloto ilustre se destina
a la dichosa playa valenciana;
por la región divina
sobre las aguas de los cielos lleva
la nueva redención, la barca nueva.

70 «La fortuna de César va contigo»,
 dijo el romano al tímido barquero;
 ¡cuánto mejor, divino patriarca,
 podéis decir: «El César verdadero
 75 del imperio inmortal llevo conmigo,
 del cielo y tierra universal monarca»!
 Custodia sois de Dios, templo la barca;
 tranquilo navegad, cisne divino,
 que no ha de profanar mortal espuma
 vuestra cándida pluma;
 80 duérmase el mar en sueño cristalino,
 y el agua no presuma
 vencer la luz de vuestra ardiente fragua,
 que no se moja el sol pasando el agua.

85 Argos famoso, de laurel ceñido,
 y coronado de oloroso acanto,
 estas flores ofrece temerosa
 mi estéril vega a ti, Nolasco santo:
 que entre el divino canto
 de tus heroicos hijos, la forzosa
 90 obligación humilla a sus altares
 las Musas del humilde Manzanares.

(*La Vega del Parnaso*, fols. 146v-147v).

12

EN LA ELECCIÓN DEL EMINENTÍSIMO SEÑOR
 EL CARDENAL MONTI

Con aplauso de España, el sacro Urbano
 de la sagrada púrpura te viste,
 Monte, que siempre
 fuiste divinamente humano,
 5 en quien mira con luces y colores
 el cielo estrellas y la tierra flores.

Si como fue Milán, pastor sagrado,
fuera Madrid tu nacimiento agosto,
tuviera el mismo gusto
10 de verte transformado
de lino en rosa y de violeta en grana,
planta feliz de la cultura urbana.

Así como a la aurora se descubre,
coronado de grana el horizonte,
15 la cumbre de tu monte
rojo capelo cubre,
y como el sol en tus virtudes crece,
por medio del objeto resplandece.

Felipe el Grande, su Consejo, y cuanto
20 se mira en él como principio suyo,
de este aumento, por tuyo,
se alegra y goza tanto
que parece discreta diligencia
templar el gusto con tu breve ausencia.

Recibe el parabién, Monte divino,
25 con quien la gloria del Olimpo cesa,
mientras los pies te besa
el Tíber cristalino
de nuestro patrio humilde Manzanares,
30 que ya de flores te consagra altares.

Que en tanto que el dorado Tajo hispano
pagare en nieve líquida tributo,
tendrá por atributo
tu Monte soberano,
35 sin envidiar los siete de quien toma
cabeza el mundo y fundamento Roma.

(La Vega del Parnaso, fol. 148r).

13

CANCIÓN AL BIENAVENTURADO SAN JUAN DE DIOS,
PATRIARCA Y FUNDADOR DE SU RELIGIÓN

POR FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO, SU DEVOTO,
DEL HÁBITO DE SAN JUAN

Pobre el más rico, que vistió del Cielo
su espíritu evangélico divino,
de quien es fundamento la pobreza;
rico el más pobre, que con santo celo
5 pasó por este mundo peregrino
a conquistar la celestial riqueza;
tú que mayor firmeza
a la fábrica eterna que fundaste
en el desprecio que en el oro hallaste,
10 hoy que mi rota barca al mar conduces
de tu alabanza en fe de que te mueva
el título de pobre que te envío,
vuelve los ojos con que bebes luces
de la deidad que estático te eleva,
15 divino Juan, al pobre ingenio mío,
que en este nombre fío,
que si pudiera ser, por ayudarme
los quitaras de Dios para mirarme.

A ser, divino Juan, Pastor supremo
20 de aquel ganado que esparcido ahora,
naciendo estéril se aumentó fecundo
para el monte mayor, de cuyo extremo
cayó el lucero en su primera aurora,
de otro monte mayor saliste al mundo
25 que tú, como segundo
Moisés en los ganados te enseñaste
a tantos que de Dios después guardaste,
ensayo celestial para que luego
cristíferas banderas tremolastes,
30 capitán de su pobre infantería,

y que, descalzo, aquel ardiente fuego,
coronado de zarzas trasladases
a tu instituto santo en profecía,
que pastor te quería,
35 pues a Belén y al Hospital te llama
Dios niño en cuna y Dios enfermo en cama.

Aun no eras Juan de Dios, si bien tenías
fundado en ser de Dios tu pensamiento,
que confirmar con obras deseabas,
40 y por tantos discrimenes corrías,
ya pastor, ya soldado, que violento
de su divina luz te recatabas,
mariposa llegabas
y luego dabas a otra parte el vuelo
45 cuando la pura Emperatriz del Cielo
en forma de Raquel pisando estrellas
cándida luna descendió amorosa,
en vez de Latmo al monte de Navarra,
y en los marfiles de sus manos bellas
50 te dio puro cristal fuerza piadosa
contra la furia del francés, bizarra,
que entre parda pizarra
te sepultara entonces fugitivo;
tanto importabas a los cielos vivo

55 que, como ya de la futura guerra,
tan ásperas batallas te esperaban,
también te quiso prevenir soldado;
la mar besó tus pies, que de la tierra
sus estampas las aguas envidiaban,
60 y por mares y tierras arrojado,
parece que en cuidado
pusiste a Dios donde parar podía
un hombre, que imitarle pretendías;
en fin, a Mercader te inclina el cielo,
65 principios de Francisco, imagen suya,
de libros, no de joyas ni de aromas,

¿qué librería como fue tu celo?,
 ¿qué libro, Juan, como la vida tuya?,
 pues quiere Dios que dulcemente comas
 70 (cuando su oficio tomas)
 libro que vuelve de ignorantes, sabios:
 tan dulce fue su ley entre tus labios.

Pues, luego como al águila escuchaste
 Ávila no, que Juan y Evangelista
 75 el nombre mudo ya con una letra,
 con qué facilidad la red dejaste
 para seguir a Cristo, cuya vista
 cuanto esclarece luz rayo penetra,
 y como de él impetra
 80 tan presto la humildad lo que pretende,
 así, Fénix de amor, tu pecho enciende,
 que tu propia ceniza resucitas;
 vives a Dios y a tus sentidos mueres,
 tan cortés homicida amor te mata,
 85 y tan enamorado solicitas
 con finezas a Dios, que le prefieres
 a cuanto el mundo en ídolos retrata,
 y como quien desata
 arroyo, que parado estuvo mudo,
 90 corriste suelto hasta quedar desnudo.

Así, el Padre mayor de los menores
 te dio la forma de su gran Manía,
 y el rudo vulgo te vistió de lodo;
 eras tú portugués, y con amores
 95 (y más de Dios que en tu sentido ardía)
 con vivo afecto le perdiste todo;
 ¡qué peregrino modo
 de hallar a Dios el despreciarse tanto!,
 portugués y humillarse causa espanto,
 100 pues dejando los golpes insolentes
 sufrir de castellanos tal deshonra,
 en portugués fue cosa nunca oída,

porque son tan honrados y valientes,
 que a no tomarla Dios sobre su honra,
 105 no sé cómo pudiera ser sufrida,
 y así fue repartida
 entre él y Dios, porque si así no fuera
 en cuanto portugués no la sufriera.

Pues luego que llegaron (¡qué insolencia!)
 110 formando letras de carmín los dedos,
 al rostro venerable ajenas manos,
 allí de Cristo la ejemplar paciencia
 te dio en su Imagen atrevidos miedos
 contra el honor y sus preceptos vanos,
 115 los soldados romanos,
 y el duro golpe en la divina cara,
 que el movimiento de los cielos para;
 miraste en el Pretorio, sacrilegio
 tremendo y fiero de las duras palmas,
 120 que en púrpura bañaron sus jazmines,
 y así ni de la patria el privilegio,
 (que no tiene poder sobre las almas),
 ni del honor intrépido los fines,
 que al responder te inclines,
 125 obligaron tu voz para quejarse:
 que no hay venganza como no vengarse.

Preso por loco, y para Dios tan cuerdo,
 tormentos desiguales padeciste,
 azotado, escupido y afrentado,
 130 pero volviendo en tu primer acuerdo,
 el vuelo de aquel Águila seguiste
 hasta que hallaste el Serafín sagrado,
 descalzo, aunque calzado
 de luz inaccesible a cuyas plantas
 vinieron grandes tus sandalias santas,
 que sobra todo a Dios donde Dios cabe;
 niño en efecto, Antonio y Juan testigos,
 en portugueses hace tierno empleo;

140 dístele el hombro que cifrado sabe
 medir su inmensidad con sus amigos,
 y el niño se ajustó, que no Eliseo,
 y fue tan gran trofeo,
 que sacerdote (¡qué notable asombro!),
 te consagró si no la mano, el hombro.

145 Allí viste la Cruz y la Granada
 (símbolo al fin de tu costado abierto)
 tus hijos, Juan de Dios, fueron sus granos;
 allí quedó la caridad fundada
 de tu navegación primero puerto,
 150 que prosiguen humildes tus hermanos,
 y a las sagradas manos
 del Pontífice santo, a tu memoria
 dedica accidental corona y gloria,
 viendo el fruto divino que resulta
 155 de tus trabajos, penas y desvelos,
 que ya por todo el mundo se dilata;
 perdona el genio de mi pluma inculta,
 porque a ser hojas de papel los cielos,
 y letras sus caracteres de plata,
 160 fuera por breve ingrata,
 que a reducir a número tus glorias
 no pueden versos, ni podrán historias.

Canción pobre, aunque rica
 de devoción, amor y sentimiento,
 165 hoy al pobre más rico te dedica,
 pobre de erudición y de ornamento,
 que por pobre hallarás acogimiento,
 porque amó la pobreza de manera
 que si un ángel y un pobre juntos viera,
 170 dejara al ángel y abrazara al pobre;
 ánimo pues, tu pobre estilo cobre,
 y dile humilde, portugués del cielo,
 «no miréis mi valor, mirad mi celo».

(*La Vega del Parnaso*, fols. 148v–150v).

14
DE DOÑA LAURA CLEMENTA

Lope, con tan dulce lira
de Elisio el dolor cantáis,
que enternecéis y alegráis
porque cuanto mueve, admira;
5 si no es que Apolo os inspira,
Fénix, nueva primavera,
Cisne llamaros quisiera,
pero no será razón,
porque tan dulce canción
10 no parezca la postrera.

(*La Vega del Parnaso*, fol. 190v).

15
DEL MAESTRO BURGUILLOS

Por iros a Francia andáis
Lope, mas yo no lo creo,
porque muy sin pies os veo,
si no es que en los versos vais;
5 ¿tan desesperado estáis?
¿Tanta es la cólera, tanta?;
que vais a Francia me espanta,
pero tanto habéis cantado
que presumo que os ha dado
10 algún mal en la garganta.

(*La Vega del Parnaso*, fol. 190v).

16

ORACIÓN QUE HIZO DON ANTONIO DE OTERO
Y LANOYE EN UNAS CONCLUSIONES
QUE TUVO DELANTE DE SUS MAJESTADES,
SIENDO NIÑO DE DOCE AÑOS

Como de la virtud no es premio el oro
 sino el honor a que el estudio aspira,
 verde laurel que en el sagrado coro
 para las artes liberales mira,
 5 cuanto más me retira
 mi tierna edad y corta suficiencia,
 viendo que huye de mi sed la ciencia,
 Tántalo soy en el cristal que mira,
 pues más me huye cuanto más deseo,
 10 porque como la ciencia es infinita,
 infinitos deseos solicita;
 pero del alma aquella noble parte
 que corresponde a las sustancias puras,
 que la luz inmortal miran seguras,
 15 no quiere que del ánimo se aparte
 esta ambición gloriosa
 de llegar a la esfera luminosa
 de vuestro claro Sol, César divino,
 rompiendo por el orbe cristalino
 20 de Juno vagarosa
 entre las nubes de color de rosa,
 con las alas de cera
 de Dédalo, mi artífice primero,
 tantas dificultades como espero
 25 hasta llegar a vuestra sacra esfera;
 pero cual suele en verde primavera
 estar el fruto en flores,
 donde solo se gozan los colores,
 así puede esperarse el de mis años
 30 de dos lustros y medio,
 flores no más, que suelen ser engaños,
 si bien de mi esperanza fue remedio

llegar a vuestro Sol mi confianza,
cuya serenidad, cuya templanza,
35 pues el Austro las flores favorece,
y vuestro excelso nombre soberano
Félix auspicio a mi principio ofrece,
será del hielo la inclemencia en vano
con el favor de tan divino Apolo,
40 que como el Sol no solo
cuando ilumina la rosada Aurora
las altas plantas vivifica y dora;
pero en la flor más tímida y pequeña
su clara luz su actividad enseña,
45 así las pocas hojas de una hierba
tal débil cobrarán fuerza y aumento,
que de un ciprés la máquina superba,
que con su verde punta rompe el viento,
no debe tanto al sol como a la rosa,
50 que a su calor la humilde frente inclina.
¡Oh, pues, Deidad cesárea y poderosa
a cuyo excelso rayo me destina
mi favorable suerte,
aunque el temor me advierte
55 del peligro en que estoy (barquilla pobre)
en la profundidad del oceano,
si no me dais la mano
para que aliento cobre,
y que ver me permite
60 la divina Anfitrite,
por quien al de Austria unido
el nombre de Borbón esclarecido
feliz España adora,
y el primitivo sol de tanta Aurora,
65 y tantas damas bellas,
sirenas de este mar, del cielo estrellas,
no porque yo pretendo
por lo tierno, estudioso y atrevido
parecer a Cupido,
70 pues no son las que emprendo

conclusiones de amor contra sus pechos,
sino de ambos derechos,
en que tendré por gloria ser vencido,
que las altas empresas siempre han sido
75 no pudiendo acabarlas,
de más estimación por intentarlas,
pues al caer del estrellado monte
dijo Clemente al ínclito Faetonte:
«hijo, ¿quién negará tu inmenso vuelo,
80 viendo que mueres en el mismo cielo?».

 Cuanto mayor mi atrevimiento ha sido,
que mis años disculpan justamente,
mayor obligación mi humildad siente
al inmenso favor de haberme oído;
85 pero cual suele en selva o monte acaso,
 príncipe que camina,
volver el rostro y detener el paso
al pajarillo que, con blando acento
su tierna y dulce voz esparce al viento,
90 y a ver y a oír se inclina
el átomo cantor, y los colores
compitiendo las plumas con las flores,
 así escuchado he sido
por pequeño sujeto,
95 que no por atrevido,
de mi primera edad dichoso efeto;
canté cual pajarillo al Sol divino
de Austria, si bien a su Deidad oculta
 la voz y el alma inclino,
100 de cuya luz resulta
 como por nubes de oro
tanto esplendor y celestial decoro,
que ilumina mi corto entendimiento,
y no le viendo, los efectos siento;
105 canté a la hermosa Aurora
que envidia la del sol y España adora,
 y fui tan venturoso,
que del Sol y el Aurora el hijo hermoso

(que guarde Dios) oyó también mis leyes
110 (estudio que en naciendo
han de saber los Reyes,
a las demás virtudes prefiriendo
la justicia que a obrar lo justo obliga,
y como premia el bien, el mal castiga),
115 y porque al pajarillo no faltase
alguna dicha que su voz honrase,
¿quién duda que también a las estrellas
de este cielo de amor debo escucharme,
y con sus vivos rayos ilustrarme,
120 pues que tan entendidas cuanto bellas
trasladaran al rey Amor las leyes?,
que no permiten sujetar los Reyes,
porque pueda segura
reinar de nuestras almas la hermosura,
125 gozando el privilegio
que dan las leyes al imperio regio.
Debo también a la Corona ilustre,
de España honor, de su apellido lustre
el haberme escuchado,
130 y mi humildad con su grandeza honrado,
pero al divino oráculo escondido,
el Delfos más sagrado,
hacer quiero un apóstrofe atrevido,
y como si le viera
135 tan celestial como en su misma esfera,
un apólogo o fábula contarle,
dar fin a mi discurso e informarle.
Aquel alado niño, aquel gigante,
alma del mundo y de su peso Atlante,
140 hirió de amor a Júpiter un día;
el dios sintió la flecha y la osadía,
y deseó pagarse,
que aunque era dios, trataba de vergarse;
pues como fuese libre de cautela
145 amor, con otros niños a la escuela,
y quisiese coger miel, atrevido,

de un nativo panal a un corcho asido,
picándole una abeja
dio voces a su madre, a cuya queja
150 alegre vino Júpiter vengado,
y a la abeja, contento
del dulce atrevimiento,
le concedió que en selva, monte o prado
pudiese libremente
155 república tener, y presidente,
y que fuese en los labios
de los que nacen para grandes sabios
símbolo de la ciencia,
y aunque la identidad se diferencia
160 de la comparación, aunque la hazaña
de humilde abeja ha sido,
humildemente pido
al Júpiter de España
honre mis años cuando tiempo sea,
165 de que alguna república posea,
y que en dulce pronóstico de sabio
al Príncipe divino, no en el labio,
sino en los pies postrados, sirva ahora
de símbolo científico al Aurora,
170 para que cuando llegue al mediodía
parezca a tanto sol mi profecía,
que sean sus augustos rayos solos
árbitros de la luz de entrambos polos.

(*La Vega del Parnaso*, fols. 229r–231r).